

SOBRE LA VOCACIÓN DE MAESTRO

Ángel Casado y Juana Sánchez-Gey

*A Jesús Asensi, querido colega y amigo,
que sabe de vocación y magisterio,
en el aula y fuera de ella.*

RESUMEN

La figura del maestro, con una larga tradición histórica de modelos o “imágenes”, incorpora una amplia variedad de aspectos difíciles de enumerar y analizar. Entre ellos, el referido a la vocación, rasgo o atributo vinculado usualmente a la profesión docente, a veces como un concepto central de la misma. El presente artículo es una aproximación a varios textos y manuscritos de dos conocidos filósofos españoles: Manuel García Morente y María Zambrano; ambos aportan valiosas reflexiones y observaciones de “hondo calado” en torno al tema de la vocación, que enriquecen la consideración teórica de la educación y de la propia tarea docente.

PALABRAS CLAVE: Filosofía española, Historia de la educación española, Vocación del Magisterio, Responsabilidad de los profesores,

ABSTRACT

The figure of a teacher, with a long historical tradition of models and “images”, incorporates a wealth of aspects, which are difficult to list and analyze. Among them, figures there’s one referring to vocation, as an important concept in the teaching profession’s consideration. The current paper approaches some texts and manuscripts by two well-known Spanish philosophers: Manuel García Morente y María Zambrano; both of them contributing valuable reflections and observations of “deep thought” about the topic of vocation, which enriches the theoretical consideration of education and educational labour.

KEY WORDS: Spanish Philosophy, History of Spanish Education, Vocation for teaching, Aims of teacher education

Más allá de la perspectiva que ofrece la sociología de las profesiones, y de las llamadas genéricas a su mayor o menor funcionalidad y valor social, la figura del maestro cuenta entre nosotros con una larga tradición histórica de modelos o “imágenes”, que incorporan una riqueza de aspectos difíciles de enumerar y analizar. Entre ellos, es frecuente referirse a la *vocación*, rasgo o atributo usualmente vinculado a la profesión de maestro. Ciertamente que, en nuestros días, la incidencia del factor vocacional en la elección de los estudios de magisterio y en el ejercicio de la propia profesión, resulta cuanto menos problemática; pero no faltan estudiosos e investigadores que resaltan la importancia de este ingrediente, como un concepto medular en la consideración de la profesión docente. Así lo entiende, por ejemplo, el prof. Yela Granizo, que habla de la

vocación como una condición primera y prioritaria del verdadero educador, que implica “gozar enseñando, gozar comprendiendo e indagando, descubriendo al otro, y tercero, gozar ofreciéndose al otro”¹.

Diversas razones, personales y profesionales, nos han llevado a ocuparnos recientemente de diferentes textos y manuscritos sobre educación de varios filósofos españoles del siglo XX, entre los que destacan Manuel García Morente y María Zambrano. En ambos autores encontramos valiosas reflexiones sobre cuestiones educativas, en las que no faltan observaciones de “hondo calado” en torno al tema de la vocación, que enriquecen la consideración teórica de la educación y de la propia tarea docente. El presente trabajo es una aproximación a los textos y manuscritos de los autores citados, cuyo análisis forma justamente el hilo conductor del mismo.

MANUEL GARCÍA MORENTE². Catedrático de la Universidad de Madrid y figura destacada de la filosofía española del siglo XX, su entrega y dedicación a la docencia corren parejas con su profundo interés por los temas educativos, a los que dedicó varios ensayos en diferentes publicaciones: *BILE, La Lectura, Revista de Pedagogía, Revista de Occidente, Ejército, etc.* Seis de ellos aparecieron en la *Revista de Pedagogía*, entre 1922 y 1936, en los que reflexiona sobre el sentido de la educación en la vida humana. Dos de esos trabajos se centran en cuestiones relacionadas con la profesión docente: “La vocación del magisterio” (abril, mayo 1924), y “Virtudes y vicios de la profesión docente” (enero 1936). Lo que sigue a continuación es precisamente una aproximación al primero de los artículos citados (“La vocación del magisterio”)³, en el que se propone trazar el “perfil psicológico” del “buen maestro”.

Una primera vía para conseguirlo sería centrarse en la figura de un prestigioso docente (Pestalozzi, Giner...) y estudiar su conformación efectiva, en cuanto a los rasgos de todo tipo que permitan dibujar “la topografía de su alma”. Tal método, sin embargo, apunta Morente, es “de resultados inciertos siempre y falaces”; ante todo, por la dificultad de discernir en cada caso lo que pertenece a la psicología del personaje, y lo que en él concuerda con las “exigencias ideales” de la profesión. A partir de ahí, opta por un cambio de perspectiva: estudiar “cómo debe ser el alma del maestro”, determinando previamente cuál sea la esencia del “acto educador”; de esta noción esencial, añade, se desprenderán ciertas condiciones espirituales para su realización, “y esas condiciones, vertidas a lo psicológico y reunidas en síntesis personal, constituirán la vocación del Magisterio, en el sentido ideal, típico y paradigmático de la palabra” (p. 138).

En su primera aproximación, Morente considera que el “acto educador” es el que “tiene por objeto la realización, en las almas jóvenes, de ciertos valores inmanentes” (p. 140). Así, la tarea del educador se dirige a que los educandos realicen en sus personas esos valores (belleza, verdad, nobleza, valentía, emoción religiosa...), en la mayor plenitud posible. Sin embargo, al hilo de la “teoría filosófica de los valores”, Morente distingue entre valores (cualidades) y *bienes* (cosas en

1 Entrevista en Menores, núm. 6, 1987, pp. 5-10.

2 Nacido en Arjonilla (Jaén), el 22 de abril de 1886, cursa estudios en Francia (Bayona, Burdeos, París) y Alemania (Marburgo, Berlín, Munich), y en 1912 obtiene la cátedra de Ética de la Universidad Central. Autor de numerosas obras (La filosofía de Kant, La filosofía de Bergson, Lecciones preliminares de filosofía...), Morente desarrolló una importante labor como traductor: Kant, Husserl, Brentano, Spengler... En 1930 es nombrado Subsecretario de Instrucción Pública, y en 1931, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, donde fue artífice del Plan provisional -conocido como “Plan Morente”-, y decidido impulsor de la Sección de Pedagogía, creada en 1932. Convertido al catolicismo a raíz del trauma personal durante la guerra civil, fue ordenado sacerdote a principios de 1941. Recuperó la cátedra de filosofía en Madrid y continuó impartiendo sus clases hasta su muerte, el 7 de diciembre de 1942.

3 El texto completo del artículo puede verse en Casado, A. y Sánchez-Gey, J. (Eds.): *Filósofos españoles en la Revista de Pedagogía (1922-1936)*, S. C. de Tenerife, Ed. Idea, 2007, pp. 136-155. Citamos por esta edición.

que se realiza el valor); y puesto que la educación ha de mantenerse próxima a la vida, su referencia no es “a los valores puros y abstractos, sino a los bienes –cosas y personas- en que los valores se realizan” (p. 141). El acto educador, por tanto, puede definirse como “la realización de los bienes y valores personales en almas jóvenes” (p. 142); ahora bien, esa realización de valores superiores en el educando –advierte- no se produce por los valores mismos (Justicia, Verdad, Belleza...), “sino por avalorar la vida, intensificarla, ennoblecerla” (p. 144).

Para llevar adelante ese “acto educador”, sigue Morente, el docente “ha de tener un alma de tipo social”, puesto que el acto educador no se dirige a cosas, sino a personas. Sin embargo, establece una diferencia radical entre el educador y otros “tipos sociales” (médico, sacerdote, político): mientras que el interés de estos últimos radica en suscitar y mantener un determinado valor (salud, religiosidad, ciudadanía...), “lo que al pedagogo le importa es que el niño sea *estimable y valioso*; no los valores mismos con que el niño pueda hacerse estimable y valioso” (p. 145). La distinción, por supuesto, incide en el sentido profundo de la tarea docente, centrada, más que en los valores “en sí”, en la forma singular en que cobran vida “encarnados” en las palabras, gestos y acciones de los alumnos.

En el apartado titulado “El amor pedagógico”, Morente habla de la relación maestro-discípulo, con referencias a la opinión generalizada, que hace del *amor* el elemento central de la vocación: “He aquí, pues, una opinión universal: en la vocación del maestro lo esencial es el amor a los niños” (p. 146). Pero, tras examinar la tesis con atención, la rechaza por insuficientemente fundada: “Por mucho que se diga y repita, por bellas pláticas y nobles frases tiernas que se construyen, es falso que el pedagogo ame a los niños. No puede amarlos: no puede sentir ante ellos esa devoción, esa adoración característica que al amante le infunde una como clarividencia, con la cual percibe en el amado una infinidad de valores superiores” (p. 147). ¿Entonces? La respuesta, concluye, implica invertir los términos de la cuestión, con lo que el problema planteado adquiere una nueva e inusual dimensión:

“No es el pedagogo el que ama al niño; es el niño el que ama al pedagogo. Esta es la verdadera relación pedagógica; porque, en efecto, el niño percibe en el pedagogo –en el buen pedagogo- un ser superior, exornado con multitud de perfecciones, una meta, una aspiración a realizar, un modelo que imitar, una persona a quien es grato complacer y penoso desagradar. El buen pedagogo se lleva prendidos en sus labios y en sus manos los corazones de los niños” (p. 148).

En esa capacidad de cautivar las almas y rendir voluntades, el maestro ha de reunir varias cualidades: Primero, “es preciso que el educador *quiera* hacerse amar, esto es, que al educador le interese el amor de los niños. Esto, en la práctica, significa que al educador le importen más las vidas infantiles que los valores abstractos y perciba las cualidades culturales siempre como adjetivos de un sustantivo, que es el niño concreto, individual caracterizado” (p. 149). Se advierte, una vez más, la prioridad que Morente concede a la dimensión *vital* de los valores, frente a la tesis *formalista*; en educación, pues, lo *estimable* no son tanto los valores en sí, cuanto “entrañados” (Zambrano) en la persona del educando.

Pero hay un segundo requisito: “no basta que el maestro quiera hacerse amar. Es necesario también que *pueda* conseguirlo. Y para ello, el educador ha de ostentar en su persona un cierto número de valores que, percibidos por los niños, conmuevan sus corazones pueriles” (p. 149). Por supuesto, no se refiere a valores superiores (Justicia, Arte, Poesía...), sino que han de ser ante todo “valores vitales”:

“El maestro ha de valer como hombre; más por sí mismo que por instrucción o por capacidad inventiva o por disposición artística. El maestro ha de ser lo que se dice un hombre simpático, esto es, fino, culto, cariñoso, alegre, hábil, paciente. En su personalidad vital deben estar incorporados

los valores, de manera que nunca el niño advierta distinción alguna entre lo que el maestro dice y lo que el maestro hace o es” (p. 150).

La última advertencia, plagada de “sentido común”, enlaza con las conclusiones de la mayoría de autores, que subrayan la importancia de la “coherencia” en la labor del magisterio; esto es, la sintonía o concordancia entre “hacer” y “decir”, entre ser y pensar.

Morente destaca dos nuevas cualidades o componentes de la vocación magistral: la autoridad, que “no es otra cosa que el cariño de los discípulos. El maestro querido lo obtiene todo”, y el *tacto fisiognómico*, “es decir, penetración, capacidad de descifrar almas infantiles”, cualidad que no se puede reducir a leyes o preceptos, ya que ha de ser “sensible al contexto”, esto es, atender a la diversidad de circunstancias y de personas.

El trabajo finaliza con dos apartados titulados, respectivamente, “La feminidad” y “La tragedia del maestro”. En el primero de ellos, desde su profundo conocimiento del “mundo del niño” –título de uno de sus trabajos en la *Revista de Pedagogía*- Morente apunta una exigencia que envuelve y da sentido “práctico” a las observaciones anteriores:

“Para que el maestro conquiste el amor del niño es preciso que el maestro, siendo un hombre lleno de valores, tenga, sin embargo, él también algo de niño, un cierto infantilismo, un carácter tal que en el fondo los niños piensen: ‘Éste es de los nuestros’” (p. 151).

El párrafo cobra todo su sentido cuando se relaciona con una observación posterior, que enlaza con el propio título del apartado y lo justifica:

“Todos esos rasgos que hemos llamado el infantilismo del maestro, su indeterminación vital, su inclinación a los niños, su jovialidad o humor, su vitalidad profunda, que le hace poner los valores al servicio de la vida y no la vida al servicio de los valores, todos esos rasgos son típicamente femeninos. El maestro tiene un aspecto de su alma impregnado de feminidad. En efecto, en el género humano, es el sexo femenino el más cercano a las fuentes de la vida. La mujer se halla más próxima al niño que el hombre. No sólo en sentido anatómico y fisiológico por su estructura, sus formas y sus funciones, sino en sentido psicológico y moral” (pp. 153-154).

Tras diversas consideraciones sobre la distinción entre hombre y mujer, con referencias a Bergson, Morente concluye que el buen maestro puede compararse con un peculiar “Don Juan femenino”, un conquistador de corazones pleno de vitalidad e interesado, “más que en los valores de la vida, en la vida misma adquiriendo valores”.

En el apartado final (“La tragedia del maestro”), Morente alude a la “condición bifronte del maestro”, germen de una “profunda tragedia que hace de su vida una de las vocaciones más dolorosas”. El argumento se resume en pocas palabras: entregado a su tarea, el maestro, lleno de emoción y orgullo, contempla cómo el niño crece, se desarrolla y comienza a realizar valores, transformándose en un hombre; el maestro ve así con nuevos ojos al que hasta hace poco era un discípulo y advierte que la relación entre ellos se ha invertido:

“Ahora ya es él, el maestro, el que ama; y, en cambio, el ex niño, ahora hombre joven, mira allende la escuela, al vasto mundo a donde le llama la vida. Y la tragedia del maestro es tanto más honda cuanto que el maestro ha cumplido su misión con éxito más lisonjero”.

“Sólo tiene un consuelo: que, como unos chicos se van, otros vienen. La vida es infinita y eterna” (p. 155).

Además de quitar dramatismo a la “tragedia” del magisterio, las últimas palabras aluden a una de las vertientes inevitables de la tarea docente: el cambio y continua renovación en los rostros y las personalidades de los discípulos, que hacen inviable el recurso a “recetas”. Una dificultad, por otra parte, que puede percibirse asimismo como un estímulo, un hontanar de interrogantes

capaces de renovar, cada curso, el compromiso y la entrega ilusionada, que dan su carácter esperanzado a la vocación de maestro.

* * *

MARÍA ZAMBRANO. Probablemente la filósofa española más reconocida actualmente del siglo XX. Aunque, en su momento, no fue citada y ni siquiera se la reconoce como miembro de la Escuela de Madrid, a la que pertenece. Si bien, es verdad que ella estudió por libre durante el comienzo de sus estudios de Filosofía y Letras en la espléndida Universidad Central de Madrid (1921) donde los finaliza bajo el magisterio de Ortega y Gasset (1926-1928).

María Zambrano escribe tempranamente, sus primeros escritos datan de 1928. Y aunque éstos se refieren a su preocupación política, podríamos decir que están íntimamente ligados a su “inquietud educativa” (Moreu). Por ello, su reflexión, que más bien podríamos decir meditación sobre la ciudad tiene una honda raíz cívica, porque su preocupación será siempre acerca de la convivencia o del trato que unos y otros debemos dispensarnos. Esta reflexión en su obra de carácter sagrado o religioso la denomina: piedad. Pues la piedad se refiere “al trato con lo otro”.

Diríamos que en María Zambrano la reflexión sobre la educación, bajo las características mencionadas, recorre toda su obra. Algunos autores han estudiado este tema y nosotros recientemente hemos publicado muchos de sus manuscritos, algunos inéditos⁴, donde queda claro que Zambrano centra en su pensar la figura del maestro bajo la idea de vocación y de mediación.

Pero, antes de referirnos a esta obra, nos gustaría señalar que ya en su correspondencia, María Zambrano se refiere, diríamos de modo reiterado, a la educación como la misión central tanto en su vida personal como en su tarea de filósofa. Así en una carta que dirige a Rodríguez Huéscar, también discípulo de Ortega, el 8 de mayo de 1956, en la que responde a su interés porque Zambrano escriba un artículo en homenaje al filósofo madrileño, María le dice: “*Sólo porque tú me lo pides, escribiré algo, si puedo será esto: “La Razón Vital como método”, que es la tesis de mi libro... Y no sé si en el mismo libro o en otro irán las tesis mías, es decir la Razón Vital como funciona en mí, muy lejos ya en algunos puntos, pues he seguido andando”*.

Estas palabras que denotan el camino diferente de la discípula respecto al de su maestro expresan también su honda preocupación por los maestros que han quedado en España o, dicho de otro modo, la necesidad de que existan maestros para que en efecto se pueda filosofar bien, de modo adecuado. Unos días más tarde, el 30 de noviembre, en otra carta a Rodríguez Huéscar, le cuenta que está escribiendo un texto y le dice: “De España me llegan de tanto en tanto recados que son más bien gritos angustiosos; son jóvenes, que no me conocen, y que se encuentran sin maestros, me dicen. “Que escriba pensando en ellos” o... que vaya. Pero sé que esto último sería un error. Ahora estoy con un Ensayo o lo que sea. “Ante la verdad”, se llama, que se me ha desprendido del asunto del tiempo. Es la verdad que viene a nuestro encuentro, fundamento del buscar la verdad. Quisiera editarlo en España, pero ¿dónde? Pues lo que he publicado fuera veo que apenas ha llegado y quisiera darles algo”. Y añade: “Me he dado cuenta muy bien de la falta de orientación de estos muchachos. Lo bueno es que tienen conciencia de ello”⁵.

A Zambrano le preocupa la educación y cree que a ella se llega a través de la Verdad. La filosofía, que es comunicación con los otros, ha de ejercer un verdadero acto de magisterio. Y qué

4 Zambrano, M. (2007). Filosofía y Educación. Manuscritos. Málaga: Ed. Agora. Ed. de Casado, A. y Sánchez-Gey,
5 Zambrano, M. Cartas a Antonio Rodríguez Huéscar, Revista de Occidente, Madrid, noviembre 2005, p. 119-136.

mejor tema que hablar de la Verdad, que Zambrano siempre escribe con mayúsculas, para acercarse a España y a los jóvenes que necesitan maestros.

También por esta misma fecha, María Zambrano dirige otras cartas al director de la revista *Índice* y, de nuevo, vuelve sobre el mismo tema: la educación, la necesidad de un maestro como auténtica formación para los jóvenes, su deseo personal de tomar esta preocupación como una misión personal en su vida. Así dice: “Pues, mientras estuve en España apenas tuve tiempo para hacer otra cosa que eso: convivir. A veces, hasta me remordía la conciencia dejarme así “devorar”, según me decían. Pero después he visto qué hermoso y fecundo fue todo eso; qué necesario”⁶.

Respecto a los *Manuscritos*, mencionados más arriba, hay que destacar el papel reflexivo y meditativo sobre la condición humana: junto a temas zambranianos clásicos (el pensamiento, la amistad, los sentimientos...), abundan las reflexiones sobre la modernidad, la “enseñanza de la virtud” o la dignidad del hombre. Todos estos análisis aportan la peculiar aproximación zambranianiana a las cuestiones educativas.

También existen estudios que configuran toda una *fenomenología de la vida escolar*, con razonamientos y observaciones sobre problemas cotidianos (exámenes, aulas, juegos...), cuyo significado educativo exige referencias puntuales al fondo filosófico de la autora. Tal ocurre, por ejemplo, cuando reflexiona sobre el examen y sus implicaciones:

“Sería necesario para el estudiante adolescente siempre, aprender a limitar el valor del juicio, del examen sin restarle por ello toda importancia, toda su significación, toda su realidad... Pues que sí que importa y sí debe importar. Mas hay que referirlo al presente y al pasado del cual el presente es la consecuencia.

“Hasta el fin nadie es dichoso” es un dicho que viene rodando que sepamos desde los días de la Grecia clásica⁷. Hasta el fin, nadie es desgraciado. El resultado adverso de una prueba no es una condenación a perpetuidad. No es tampoco una patente ilimitada el resultado bueno y aun óptimo. La vida en todos sus aspectos hay que ir la ganando, revalidando en cada etapa y aun, cada día” (“El temblor del examen”, M-282).

Mas, hemos de destacar dos manuscritos de 1965 sobre la labor del magisterio y sus implicaciones: “La vocación de maestro” (M-120) y “La mediación del maestro” (M-127). Nos propone una nueva forma de filosofía como “transformación” de uno mismo; una racionalidad creativa y mediadora que busca sugerir, indicar el camino desde el que es posible atisbar el hontanar esperanzado del ser humano en su integridad, es decir, de la *persona*:

“Podría decirse quizás la autenticidad de un maestro por ese instante de silencio que precede a su palabra, por ese tenerse presente, por esa presentación de su persona antes de comenzar a darla en modo activo. Y aun por el imperceptible temblor que la sacude. Sin ello, el maestro no llega a serlo por grande que sea su ciencia. Pues que ello anuncia el sacrificio, la entrega” (“La mediación de maestro”, M-127)

Abundan las referencias de Zambrano a la figura del maestro como acicate, como estímulo, con pasajes que iluminan, mejor que muchos estudios de “expertos”, las raíces más hondas de su vocación mediadora; una vocación, escribe, que es “entre todas la más indispensable, la más

6 Zambrano, M. Carta a Sr. J. Fernández Figueroa, [1957, III-2) en Robles, L. “María Zambrano y la Revista Índice. Cartas inéditas”. Actas del II Congreso sobre la Vida y Obra de María Zambrano, Vélez Málaga, 1998, p. 650.

7 Recuerda la conocida sentencia del Corifeo en el Edipo rey de Sófocles: “A ningún mortal que esté aún en espera del último día de su vida llame nadie feliz, hasta que haya traspasado el umbral de la muerte sin caer en desventura alguna”.

próxima a la del autor de una vida, pues que la conduce a su realización plena” (M-120); de ahí su carácter insustituible, pues que apunta a la integridad de la persona:

“No tener maestro es no tener a quien preguntar y más hondamente todavía, no tener ante quien preguntarse... El alumno se yergue. Y es ese segundo instante cuando el maestro con su quietud ha de entregarle lo que parece imposible, ha de transmitirle antes que un saber, un tiempo; un camino de tiempo” (“La vocación de maestro”, M-120).

Lejos de entender la educación como un conjunto de técnicas, María Zambrano se ocupa de la empresa de llegar a ser realmente persona, pues educar es una tarea que compete a toda la vida humana y no es sólo una cuestión práctica, sino que responde a planteamientos teóricos y reflexivos. Así, en "De la necesidad y la esperanza", escribe:

“Conocerse a sí mismo o a otro –conocer a una persona- es saber qué espera de verdad. El hombre es una criatura impar, cuyo ser verdadero está fiado al futuro, en vía de hacerse. Existe un trabajo aún más inexorable que el “ganarse el pan”. Es el trabajo para ganarse el ser, a través de la vida, de la Historia” (M-12).

Zambrano se adelanta a los tiempos y subraya que la verdadera educación la realiza cada uno; pues sólo desde el propio asumir se realiza la transformación personal, la mirada distinta hacia lo demás. “No hay educación posible, pues, si sólo existe el educador, es decir: si el primer educador no es el propio educando” (M-128).

Si educar es creer que puede transmitirse un mundo que será mejor, entonces no puede olvidarse la dimensión moral o ética y, por tanto, filosófica de la educación⁸. Este es el nervio del acto educativo: “Mas sucede...que la filosofía hace ya tiempo que dejó de ser una, y que se encuentra hoy al borde de dejar de ser filosofía” (M-128). Así pues, considera que el meollo de la filosofía supone una reflexión que oriente para la vida, que ayude a pensar,...y rechaza con contundencia que la filosofía se limite a ser metodología, o “testimonio”, o “confesión en ocasiones a la desesperada” (M-128).

El acto educativo exige un modelo. En muchos textos, María Zambrano ha reflexionado acerca de la importancia del modelo, o la edificación que ha de ejercer el maestro. Le llama guía, padre...: “El guía... no es más que la presencia, en diversas formas de ese transitar infinito que aquí en la tierra sólo podemos llamar ilimitado” (M-142). Se percibe la importancia del guía porque él es presencia del ansia de trascender que existe en el corazón humano, el guía transmite el deseo de la infinitud que se persigue porque se anhela siempre un ideal, mas un ideal que se pueda realizar en la vida concreta. “Mas el Guía atraviesa las circunstancias y se aviene al par a ellas” (M-142). Esta es, pues, su mediación tan concreta como trascendente; de ahí la escucha de verdades que sólo se vislumbran y el maestro conoce, y con su interpretación enseña: “El guía esclarece las circunstancias y las hace transitables” (M-142).

“Guía” es otro de los artículos que tiene un sentido que a María Zambrano le entusiasma; defiende más que la visión, propia del racionalismo griego, la escucha. “El hombre está siempre oyendo algo. En marcha sintiendo este algo más que viendo. Este algo que oye le guía (M-340)”. Educarse y aprender consiste en un estar en marcha sintiendo este algo que nos llega, a través de la escucha y de la necesidad de un maestro.

8 Sacristán, D. “La formación del profesorado”, en VV. AA, Hacia una pedagogía prospectiva. F.F.R, Sevilla, 1992, p. 88..